

La esfera viva

Patricia May

Los viajes espaciales _con todo el riesgo que implican, como lo hemos podido ver dramáticamente en los días precedentes_ nos han permitido mirar nuestro planeta desde otra perspectiva. Verlo como una esfera que se integra e interrelaciona en el movimiento y el devenir de ese todo mayor que es el universo. Y aunque la mayoría de nosotros difícilmente viajaremos en naves al espacio físico, sí podemos hacerlo por el espacio infinito de nuestra mente. Este ejercicio mental de observarnos desde lejos podría aportarnos miradas reveladoras. Ver, por ejemplo, una esfera azul de océanos y desiertos, valles y cordilleras, hielos y rocas como una unidad sin delimitaciones, como un gran organismo vivo y pujante del que emergemos y al cual pertenecemos.

Esa visión nos aportaría la humildad de sabernos sólo uno más en este ser planetario y, al mismo tiempo, percibir la responsabilidad que nos cabe por haber despertado a la conciencia de existir en él. Podría iluminarnos en la idea de que nuestro bien se inserta en el bien mayor, y llevarnos a buscar caminos en que la expresión y realización personales se entiendan como aporte a los demás. Veríamos así que todo está interrelacionado, que no es posible aislarse en el propio bienestar, ni buscar caminos de salida a costa de otras personas u otros países. Que los acontecimientos de cada rincón del planeta, tarde o temprano, nos afectarán.

Nuestro vivir está tan alejado de estas simples verdades que seguimos creyendo en el espejismo de cercarnos en países, razas, religiones, ideologías, barrios, clases sociales que nos separen del resto y nos introduzcan en un mundo perfecto, sin importar lo que esté ocurriendo con los otros. Mientras sigamos creyendo que sí existen los "otros" y que podemos aislarnos de ellos, estos se volverán contra nosotros, haciéndonos saber que no es posible generar bienestares separados. Los países del Tercer Mundo desafían con medios artesanales a las potencias y su alta tecnología, recordándoles que existen; los pobres conciben como solución la droga o la delincuencia que muchas veces se constituye en un recurso desesperado para intentar entrar en los círculos de los afortunados.

Necesitamos generaciones de seres humanos que conciban su vida en la interconexión por sobre la separación, personas con miradas globales que hagan de su expresión personal un acto de colaboración con todos, sin distinciones de clase, raza, nacionalidad. Que se despojen de la creencia de que los países o grupos se pueden aislar en sus particulares y afortunadas situaciones. Que lleven dentro de sí la idea de que el bienestar de la parte es inseparable del bienestar del todo.

Esta visión planetaria nos demostraría que no existen las fronteras, que no somos dueños de los territorios, que las generaciones humanas y sus delimitaciones pasarán, pero la tierra seguirá allí, con sus montes y sus mares como mudos testigos de nuestra vanidad.

Hemos creado fronteras y quizás sean necesarias como fórmulas de organizarnos e interactuar en diversidad, pero de ahí a pasarnos la película de que son reales o existen como algo natural, hay mucha distancia. Sabemos que las demarcaciones humanas, condimentadas con el deseo de poseer, las luchas de poder y el acceso egoísta a los recursos naturales, han llevado a grandes sufrimientos. La Tierra es una unidad sagrada, el cuerpo desde el cual emerge nuestra existencia, en el cual se manifiesta el espíritu planetario. Las rejas que nosotros le hemos puesto y por las cuales estamos dispuestos a matar y morir, no conseguirán separarnos ni crear mundos aislados. Todo es uno, y por nuestro bien y el de todos, debemos aprender a convivir en armonía.